

Desde la sangre derramada

Naciones y estados de todo tipo se han levantado por doquier y a lo largo de la historia, venciendo a la ignominia y rindiendo homenaje a los héroes –*casi todos hombres*– que lideraron sus procesos de emancipación y consolidación, e ignorando a quienes lucharon y literalmente dieron la vida por el sueño de la libertad. Este 2019 trae consigo la celebración del Bicentenario de la República de Colombia, es decir, el nacimiento del Estado nacional republicano que surgió de la guerra de independencia de nuestro país y que marcó el comienzo del fin del imperio español en América, más no así, el final de las inequidades e injusticias que habían provocado el conflicto y que obligaron a su resolución bélica.

A lo largo y ancho de América Latina hemos llenado plazas, calles y parques con las estatuas y bustos de los próceres y héroes nacionalistas que dirigieron la contienda militar contra las fuerzas de la Corona y las que le respaldaban en tierras americanas. Hemos llenado los libros de historia patria con las hazañas de figuras señoriales que desde lo alto de un cerro dirigieron las más heroicas acciones de guerra que recuerden nuestros ancestros, y hemos puesto laureles sobre nombres y hombres –*casi nunca mujeres*– a quienes debemos la gracia de ser libres. Sin embargo escasean los reconocimientos a quienes realmente hicieron posible la gesta independentista, al pueblo guerrero que se levantó de la esclavitud o la servidumbre, empuñó la lanza y se arrojó al combate al filo de la muerte.

El pueblo raso colombiano, sufrida víctima de antes, durante y después de todas las guerras, sigue pagando con sudor y lágrimas el pecado de soñar la paz. No fueron suficientes las interminables guerras civiles del siglo XIX, ni lo han sido todos los años de conflicto armado¹ que nos han desvelado hasta el siglo XXI, para que Colombia consolide un estado moderno que haga realidad el sueño de la libertad y la democracia. No han sido

1 El conflicto armado colombiano surgió en Bogotá el 9 de abril de 1948, con el asesinato del líder popular Jorge Eliécer Gaitán y se prolongó bajo la forma de guerra de guerrillas en las zonas rurales del país hasta la firma de los Acuerdos de Paz de La Habana el 26 de septiembre de 2016 en Cartagena de Indias. El texto final ajustado fue firmado en el Teatro Colón de Bogotá el 24 de noviembre de 2016. Hasta entonces, las FARC fueron la guerrilla activa más antigua del mundo.



suficientes los centenares de miles de muertos con que este pueblo ha pagado por anticipado toda promesa de libertades civiles, justicia y equidad social. Y no han sido suficientes todas las promesas incumplidas, todas las farsas y todos los farsantes, los mesías prometidos y los verdugos entregados, para que el pueblo-pueblo, ese que pone la sangre y pone los muertos, tenga por fin derecho a soñar un futuro, a trabajar tranquilo y a vivir en paz.

Cuando en 2016 se firmaron los Acuerdos de La Habana, renació la esperanza de que la reconciliación nacional propuesta por el gobierno de Juan Manuel Santos y la guerrilla de las FARC abriera camino a una paz estable y duradera, que nos permitiera pensar por primera vez en décadas, en el futuro de nuestros hijos y nuestros nietos, y que hubiese por fin la posibilidad de construir un escenario político donde las diferencias se resuelvan en el diálogo y el debate y no en los campos de batalla. Pero la paz no es un buen negocio. Requiere grandes esfuerzos, enormes inversiones y sólidos compromisos, que no son el fuerte de los actores políticos que dominan la escena colombiana.

Parece mentira que un conflicto de tantos años, que nos afecta a muchos y nos avergüenza a todos, no pueda sepultarse en un acuerdo de paz, porque hay personas y organizaciones que prefieren la guerra y usufructúan sus réditos de dinero y sangre. Este bicentenario no será lo que soñamos; lo que hubiera podido ser una celebración gloriosa, épica e inolvidable, como fue la del Bicentenario de la Revolución Norteamericana, la de la Revolución Francesa, y seguramente lo será la de la Independencia de Méjico, se queda en un ambiente de angustia y desasosiego ante la continua matanza de líderes sociales,² la inminencia del retorno a las armas y la absoluta incompetencia del gobierno nacional para detener el curso de los hechos. La República cumple 200 años, pero no madura; el nivel de educación, la cultura política, la injusticia perenne, la ignorancia democrática y todos los vicios que ha adquirido en manos de oligarquía corrupta que la gobierna, mantienen a Colombia en un estado de ansiedad adolescente, en el que no sabe de dónde viene ni adónde va, no encuentra su lugar en la región, le dice no a la paz, se reta a pelea con sus pueblos hermanos, se regocija en la injusticia social, pero presume de Libertad y Orden.

Desde abajo, es oscuro el panorama de este país, que a dos siglos de conquistar su independencia no recobra su libertad. Desde la sangre

2 Bajo el concepto de líderes sociales se ha agrupado a un amplio rango de personas que incluye, además de los líderes comunitarios, a los reclamantes de las tierras que fueron arrebatadas por los grupos armados durante el conflicto y que terminaron en manos de terratenientes y grandes empresas, lo que constituye el principal problema para la implementación de los acuerdos de paz, pues evidencian el origen del conflicto en la concentración de la propiedad de la tierra productiva.



derramada, desde la miseria de los excluidos y la desesperanza de quienes todo lo han perdido, puede verse la magnitud de la tragedia nacional, la derrota de los ideales republicanos y la indignancia intelectual de nuestra democracia. Y desde allí, es que sube el clamor por la Justicia de verdad y para todos, esa gran ausente de nuestra historia, que doscientos años después sigue ignorando a quienes han dado su vida por ella, y dándole glorias a quienes no han sudado un pañuelo por escribir su nombre.

Letras para la Paz

La esperanza, ese escaso pero inagotable material del que está hecho el corazón de nuestra nacionalidad, nos alienta a levantarnos de la adversidad y reanudar el camino. Por eso, esta edición también es un nuevo comienzo que promete nuevas perspectivas y contenidos para alimentar la labor de la academia en pos de ofrecer a nuestros jóvenes, otro color de futuro.

El Bicentenario de la República no podía pasar de largo sin una mirada desde las letras, que en clave histórica, literaria o contable, retratara los problemas, los anhelos y los retos de nuestra nación. Para ese noble propósito invitamos a algunos reconocidos académicos que con sus aportes han perfilado una edición no sólo consistente y muy valiosa, sino también bella y agradable. Con la intención de ofrecer un preámbulo literario de alta sensibilidad, hemos querido ofrecer a nuestros lectores, especialmente a los más jóvenes, una reedición de la proclama de la Misión de los Sabios, que en 1994 escribiera nuestro Nobel Gabriel García Márquez. 25 años después de ver la luz, este texto luce como una fotografía indeleble, inmemorial e intemporal de nuestra realidad, que debe ser leído y releído para curarnos del olvido histórico que acompaña a todos nuestros males. También sin dudarle siquiera, la apertura académica de esta edición tan especial tenía que estar en manos de nuestro entrañable amigo, colega y compañero Mauricio Gómez Villegas, reconocido a escala internacional como el más brillante de los miembros de la academia contable colombiana y uno de los más esclarecidos líderes de la investigación contable en Iberoamérica. Su artículo, que llega a nuestras páginas después de un gran esfuerzo de muchos meses para incluirnos en su agenda, destaca la importante función de la contabilidad pública desde las perspectivas académica, profesional e institucional, en tanto es el principal instrumento para el control de la riqueza nacional y se constituye en un excelente medio para luchar contra la corrupción, lo que redundará en beneficio de la Nación, la administración pública y las comunidades.

Destacamos también la presencia del profesor Jesús Alberto Suárez con un texto histórico revelador sobre un importante descubrimiento histórico que nos ayudará a reconocer mucho más de cerca la figura y la dignidad del Precursor Antonio Nariño en su papel de “hombre de cuentas”, como tesorero contador en tiempos coloniales y su inserción en el mundo político de los primeros años de la República. Al mismo



tiempo, el profesor Juan Fernando Duarte nos revela una perspectiva desmitificada y más real del evento histórico que nos convoca, de manera que podemos reordenar nuestra concepción de país en función de los resultados de la investigación historiográfica y en conexión con la realidad social de nuestro tiempo. Esa visión actual es la que aflora en el artículo del equipo investigador de la Universidad Autónoma del Caribe, que aborda la experiencia de los dispositivos culturales como factor de sociabilidad en los nuevos contextos del postconflicto colombiano, marcados por la fragilidad de la paz y la vulnerabilidad de las comunidades. Nuestra oferta se completa con una selección de muy interesantes documentos que giran en torno a las dinámicas organizacionales y procesos de desarrollo local en Colombia, Méjico, Argentina y Venezuela, los cuales confirman nuestra vocación latinoamericanista y renuevan nuestra apuesta por las alternativas que cada día surgen desde la academia para los problemas que marcan el acontecer político-económico y socio-cultural de esta región del mundo.

Río revuelto

Lo recurrente del tema político pudiera producir reacciones enfrentadas cuando a cada lado de los intereses se levantan opiniones de especial consideración, pero no por eso es menos importante hacer los análisis que se requieran para ilustrar la situación actual de nuestra región, especialmente cuando escasean los medios alternativos y se imponen las visiones hegemónicas del pensamiento único.

Como ya se ha hecho costumbre, merece nuestra principal atención, el recrudescimiento de las presiones sobre el pueblo venezolano a través de sanciones económicas a su gobierno, que se traducen en peores condiciones de vida para la población. La intensa campaña mediática del gobierno norteamericano sobre la imagen, las acciones y reacciones del gobierno del presidente Maduro no han logrado sublevar espontáneamente a la población en su contra, por lo que se ha empezado a activar la estrategia de ambientar institucionalmente la intervención militar extranjera, contando con el valioso apoyo político de algunos gobiernos de derecha como Colombia, Brasil, Argentina Perú y Chile. Habida cuenta de que el interés de Estados Unidos en Venezuela está milimétricamente ubicado sobre su riqueza petrolera,³ y que su preocupación por los derechos humanos y las libertades civiles es poco menos que teatral, no cabe menos que preocuparse por el curso que puedan tomar los acontecimientos en la región, pues una intervención militar norteamericana en Venezuela significaría el regreso al inaceptable imperialismo salvaje y la negación del derecho a la autodeterminación

3 Venezuela posee las reservas certificadas de petróleo más grandes del planeta. 303.000.000.000 de barriles de petróleo bajo el suelo venezolano, contrastan con las reservas norteamericanas de 61 mil millones de barriles, y motivan todas las acciones de presión de Washington para reducir esa diferencia a su favor.



de los pueblos, principal valor de la democracia que dicen defender. El bloqueo económico impuesto por el gobierno estadounidense a las cuentas del petróleo venezolano no solo es una práctica comercial abusiva sino una medida criminal contra un pueblo que tiene todo el derecho a decidir por sí mismo el futuro que mejor le parezca. Por eso nuestra posición siempre será en primera instancia, de solidaridad con el pueblo venezolano que sufre dentro y fuera de sus fronteras, y más allá, en apoyo del diálogo y abiertamente en contra de cualquier acción bélica que desestabilice aún más la ya precaria situación de la región.

No menos preocupante es la situación de Colombia, donde la polarización política promovida por la ultraderecha desde la firma de los Acuerdos de Paz de La Habana viene causando una verdadera tragedia humanitaria por cuenta del asesinato sistemático de líderes sociales, reclamantes de tierras, mujeres cabeza de familia y contradictores políticos. En un año de gobierno, la popularidad del presidente Duque se ha venido a pique por cuenta de su total ineptitud para detener el baño de sangre con que ha arcado su paso por la Casa de Nariño, de las oscuras estrategias de su partido para bloquear los acuerdos de paz y el mandato anticorrupción, y de los múltiples señalamientos a su jefe político por su presunta participación en toda suerte de delitos. El corto periodo de relativa calma que se vivió desde el Acuerdo de Paz, se ha visto truncado nuevamente por los cantos de guerra que entonan los líderes de la ultraderecha, quienes se lucran política y materialmente del conflicto, pero por supuesto no participan en él. El desprestigio de las instituciones es generalizado, pues al tradicional rechazo que inspira el Congreso de la República y la desconfianza que transmite la cabeza del gobierno, se suma ahora el descrédito de los jueces, los magistrados y las cortes, cada vez más vinculados a la clase política y más permisivos con la corrupción que provoca el desangre económico de la Nación. La cortina de humo del momento pretende que el pueblo colombiano, cuya inteligencia electoral se ha puesto seriamente en duda, deje de ver la tragedia interna y mire al este para ocuparse de los problemas internos de Venezuela, como si no hubiera derramado suficiente sangre en su propio conflicto, para querer ahora otra guerra con un pueblo con el que no tiene ninguna diferencia, salvo la aparente enemistad de sus gobernantes. Desde la sangre derramada, que ha cubierto los campos y montañas de Colombia, nuestro llamado es a aplicar la ley en toda su extensión, a insistir en la implementación de los Acuerdos de Paz de La Habana y a cerrar filas en contra de la guerra. Porque la idea es muy clara: si el pueblo paga la guerra; que el pueblo no muera en ella.

Ahora cabe llamar la atención sobre tres asuntos que preocupan a todos los analistas de la región:

1. La penosa situación social que vive Argentina, por cuenta del desastre económico del gobierno del presidente Macri, a quien se le ha hecho tarde para inculpar a su antecesora Cristina Fernández del resultado de su propia gestión, que a cuatro años de haber recibido el mandato no



ha logrado mejorar la situación económica del país y por el contrario, ha desmejorado sustancialmente la calidad de vida de un pueblo que, en tiempos de Juan Domingo Perón, llegó a tener una de las 10 mayores economías del planeta. De las promesas de campaña, no tardaron en cumplirse las referidas al inculcamiento de la oposición por sus presuntos actos de corrupción, los cuales están en manos de la justicia, pero lo que se esperaba en materia de justicia social y bienestar económico no solo no se ha cumplido, sino que ha empeorado a niveles históricos. Efectivamente el presidente Macri ha logrado entrar en la historia argentina, aunque no de la forma que él hubiera deseado.

2. La permanente zozobra en que se encuentra la inmensa mayoría del pueblo brasileño por las decisiones que ha tomado y ha anunciado tomar el gobierno ultraderechista del presidente Bolsonaro, no deja de preocupar a los organismos internacionales y países vecinos. La vigencia de derechos sociales que se habían conquistado en los gobiernos de Cardoso, Lula Da Silva y Rousseff se ve hoy seriamente amenazada por las amenazas de un gobierno que constantemente anuncia medidas para restringir las libertades civiles del pueblo y devolver la sociedad brasileña a los oscuros tiempos de la dictadura militar. Pero más allá de eso, nos preocupa como vecinos del gigante verde, la política ambiental de este gobierno, que resta toda importancia a la crisis ecológica, que tiene en poca estima a los organismos de protección ambiental y que no oculta su intención de extender la frontera agrícola y ganadera de su país, cada vez más adentro de la selva amazónica. Afortunadamente la responsabilidad de este gobierno en la crisis está muy clara y así habrán de verlo los jueces cuando llegue la hora de ajustar cuentas con la justicia.

3. El actual gobierno de Estados Unidos se ha convertido en un verdadero foco de preocupaciones para América Latina. A su política criminal sobre Venezuela y sus proyectos segregacionistas contra Méjico y Centroamérica, se suman ahora los efectos de la guerra comercial que libra contra China y que terminan desestabilizando las economías emergentes de nuestra región, víctimas como han sido de las condiciones leoninas en que se firman los tratados de "libre" comercio con Washington. El impago de las cuentas del petróleo venezolano, y los anuncios de nuevos aranceles a productos mejicanos, nos recuerda que el precio del café colombiano en la Bolsa de Nueva York sigue en el mismo nivel que tenía en los años 80, que ahora es inferior a los costos de producción, y que la actitud personal del presidente estadounidense en un auténtico factor de riesgo para la inversión extranjera. Es inaceptable que Estados Unidos publique índices de riesgo para la inversión en otros países por cuenta de los problemas políticos locales y que nadie cuestione la inestabilidad de la inversión en ese país, la cual depende de los caprichos personales de un señor de dudosa salud mental y que se abroga el derecho de aplicar aranceles y sanciones económicas a cualquier país del mundo, con solo desearlo. Hoy cabe poner en cuestión qué seguridad jurídica ofrece a los inversionistas la mayor economía del mundo, qué es hoy el libre mercado si el país



que lo promueve se comporta como una potencia proteccionista, o qué peligro representa negociar con Estados Unidos si las condiciones pueden cambiar radicalmente cada vez que se sirve el desayuno en la Casa Blanca.

Desde la enorme distancia que hoy me separa del hogar, en esta fecha tan memorable para nosotros los hijos de Nariño, de Santander y de Bolívar, hago votos por la salud de la democracia y la vida de la República, pero sobre todo, por el renacimiento de la dignidad humana y la justicia social en nuestra tierra latinoamericana.

San Petersburgo, 7 de agosto de 2019.

HÉCTOR JOSÉ SARMIENTO R.
Editor



La fachada neoclásica del Capitolio Nacional es una imagen icónica de la capital colombiana y un símbolo de la tradición republicana del país. Diseñado por el arquitecto danés Thomas Reed en 1846, este edificio palaciego de piedra se construyó entre 1848 y 1926, y hoy alberga al Senado de la República y la Cámara de Representantes. Sin embargo, al cumplirse 200 años de independencia, el pueblo colombiano no ve en su Congreso un símbolo de la democracia, sino una institución presa de las luchas internas por el poder, donde la clase política legisla en beneficio propio y manipula a la población mediante una retórica tan pobre pero efectiva como el odio, el miedo y la guerra, que a algunos les conviene y enaltece. A pesar de haber un sentimiento de rabia comprimida e indignación generalizada, la democracia colombiana no logra consolidarse, pues la corrupción de los políticos, la ineficacia de las instituciones y las mentiras de los medios, hacen imposible la vigencia de los derechos fundamentales de un pueblo que dice ser el más feliz del mundo pero es el segundo país más desigual de América y el sexto del planeta.

Sebastián Porras

Politécnico Colombiano.

